

La Sayona



«...y la fue siguiendo..., hasta la quebrada de Araure lo llevó, allí volteó y él le vio los colmillos largos y los ojos en candela.»

JUAN FRANCISCO TOVAR

Se dice que la Sayona era una mujer muy bonita, pero muy celosa, extremadamente celosa, y por sospechas de infidelidad mató a su marido y desde ese instante se convirtió en Sayona. Su nombre se debe a su tipo de vestimenta, ya que ella siempre sale vestida con una saya blanca. Se asegura que este espanto únicamente asusta a los hombres infieles, parranderos y enamorados que andan a media noche por las calles oscuras.

JUAN FRANCISCO TOVAR

A mi hermano Pedro Tovar lo privó la Sayona. Yo le dije a mi hermano que me había salido, porque yo la vi, pero no le hice caso, y él me dijo: ¡Ojalá me salga a mí!, porque yo sí la ataco... ¡Y le salió! Una mujer alta, muy elegante, la vio pasar y la siguió. La mujer adelante y él atrás, él le hablaba y ella no le contestaba y él la fue siguiendo..., y la fue siguiendo..., hasta la quebrada de Araure lo llevó, allí volteó y él le vio los colmillos largos y los ojos en candela. Mire, ese vivía allí y pasó corriendo y no vio la casa. Su esposa Elba lo salió a buscar y le dijo: Eso te pasa por andar de hembra.

FRANCISCO IGNACIO PÉREZ

Mi padre contaba que una noche a las doce él venía de entregar la guardia en el aserradero La Corporación Maderera que quedaba en la carretera negra, vía San Carlos, donde hoy está la urbanización Mamanico, y vio a una mujer alta con vestido blanco largo que venía en sentido contrario y por el otro lado de la carretera, porque no había aceras sino una canal a cada lado que la gente llamaba cuneta. Mi papá, como era un hombre muy galante y enamorado, de una vez le preguntó: ¿Para dónde va tan solita y a esta hora? La mujer no le contestó. Mi papá insistió: Si quiere yo la acompaño, y trató de pasar la calzada para encontrarse de frente con la mujer, pero en ese momento a ella se le cayó algo que él pensó que eran unas monedas o unas llaves por el sonido que produjo el objeto al caer. Ella se agachó a recoger lo que supuestamente se le había caído y entonces el pelo se le paró y se le volteó para caerle en la cara y tapársela. Es decir, que su pelo tan largo no cayó en forma normal por los hombros, sino que se paró y se le fue hacia delante y le tapó completamente la cara. Mi papá se asustó tanto que le dio un escalofrío y salió corriendo de allí hasta la casa que quedaba como a cinco cuadras, y cuando llegó venía con fiebre. Mi papá en ese momento le cambió el cuento a mi mamá, porque era muy celosa. Con los años dijo la verdad.

ANTONIO (Toñito) ANGULO

42 años

Un día Simón Olinto Bastidas me dijo que tuviera cuidado porque en el sitio llamado Los Palmares salía una mujer muy bonita que se le montaba a los chóferes en los carros. Yo le dije: Ojalá se me monte a mí para que vea lo que le va a pasar. Y realmente una noche que yo iba con dos amigos y una enfermera a quien le habíamos dado la cola, la mujer se me montó en un Toyota techo duro que yo tenía. Mire, cuando esa mujer se montó en el carro yo comencé a gritar y a decirle a mis acompañantes que allí estaba una mujer que se iba transformando en algo muy feo y ninguno de ellos la veía. En ese momento la quebrada comenzó a crecer, tan rápido y con tanta fuerza que todos se bajaron corriendo del carro, pero yo no me pude bajar..., estaba como privado. Ellos como pudieron me sacaron, pero en ningún momento vieron a la mujer. La corriente se llevó el carro y la quebrada se lo llevó para el río y allí se perdió ese carro. Jamás se consiguió, y a nosotros nos auxilió una gente que pasó y nos sacaron de ese sitio. Ahora sí creo yo que esa noche a mí me asombró la Sayona.

Otros espantos portugueses

«Por los llanos portugueses siempre hay sombra y ruidos fantasmales que anuncian noches tenebrosas.»

EDDY FERRER LUQUE

En la pared del frente del viejo cementerio de Guanare, alrededor de los años cincuenta, ocurría un fenómeno que consistía en una sombra vertical, como de un listón de madera que se movía de un lado a otro, y si la persona se paraba delante de la pared, la sombra continuaba detrás de la persona. Esto fue produciendo que gran cantidad de curiosos se trasladaran desde varios sitios de la ciudad y se apostaran frente a la pared del cementerio todas las tardes, hasta que tuvo que intervenir la policía para desalojar el lugar y evitar cualquier desorden. Era una sombra que no pasaba por el pecho de la persona que se paraba frente a la pared, sino que pasaba por la espalda de la persona. Fenómeno que nadie supo descifrar. La sombra desapareció porque la policía no permitió que nadie más se acercara al lugar.

También hay una leyenda en el aeropuerto de Guanare. Yo conversé con el hijo de ese policía que supuestamente conversó con Simón Bolívar. Fue por el año de 1955, Venezuela vivía bajo la dictadura de Marcos Pérez Jiménez y aquí en Guanare el gobierno lo presidía el doctor Julián Sequera Cardot, época en que se evocaba la figura del Libertador como paladín de las libertades públicas. Esto tal vez hacía que en el ánimo de la gente se vieran espantos. Se regó la noticia entre la población de que en el aeropuerto de Guanare se le apareció Simón Bolívar a un policía, conversó con él y el policía se desmayó, cuando volvió en sí no quiso echar el cuento de lo que habían hablado, solo nombró al Libertador.

Meses después, ya restablecido el gendarme y de nuevo haciendo la guardia en el mismo lugar, se repitió el sobrenatural incidente, volvió Simón Bolívar al aeropuerto de Guanare y nuevamente sostuvo conversación con el hombre y lo encontraron de nuevo desmayado. La negativa del confidente de Bolívar a decir lo que hablaron la segunda vez se debió a que temía ser despojado del cargo, lo que dio a suponer que había un plan conspirativo contra el régimen y que a la cabeza de este plan estaba el mismo Libertador, que desde su gloria eterna veía como se restringían las libertades ciudadanas.

Uno recuerda estas cosas y el pensamiento vuela, por eso será que dicen que hay muchos casos de la historia que tienden a repetirse.

LEONEL RIVERO

Guía del museo Inés Mercedes Gómez Álvarez

Yo oí a un niño llorando aquí dentro del museo, donde estaba el palo de mango. Lo oí dos veces. Después me preguntó la dueña de la casa, los antiguos dueños, que si yo había oído llorar a un niño y le dije que sí, y me dijeron que ahí se oía llorar a un niño porque allí vivieron unos árabes y los árabes no están de acuerdo cuando las mujeres árabes salen embarazadas de un venezolano, entonces la hicieron abortar y al niño lo enterraron en la pata de ese mango. Cuando yo lo oí llorar no comenté nada, me quedé callado no fueran a decir que eran los nervios, después le pregunté al policía: ¿Tú estás oyendo lo que yo estoy oyendo?... Sí, me contestó: Un niño llorando. Yo dije: ¡Ay, Dios mío!, dale el descanso eterno a esa criatura... Señor ten piedad que es inocente, un angelito..., y empecé a hablar ahí y más nunca lo he vuelto a oír, además que el mango lo cortaron.

También a veces me llaman estando aquí en el museo y siento a una persona que baja las escaleras, carraspea y trae un montón de llaves y las suena.

YORMAN TOVAR

En Guanare hay una historia que nadie se atreve a contar porque se trata de una de las familias tradicionales, que es la familia Mago Tovar. En la vieja casona donde funcionaba la pulpería de doña Aurora de Mago, allí dicen que sale un niño pequeño de menos de siete años, vestido todo de lino blanco y botas de charol, como se vestían los muchachos a mediados

del siglo XX. En una ocasión una muchacha médico veterinario fue a hacerle unos trabajos a los que vivían allí y entonces en lo que iban saliendo preguntó: ¿Y ustedes dejan ese niño solo?... ¿Cuál niño?, preguntó el señor y la médico respondió: Bueno, un niño que yo vi allí vestido de blanco. Entonces la esposa dijo: Te fijas que sí es verdad que sale tu hermano. Al parecer este niño fue un hijo de la señora que falleció y lo sepultaron en la misma casa, y el niño sale allí. Según cuenta la gente la casa está en la carrera sexta, frente al mercado viejo. Tal vez esto no sea un espanto, porque es un niño inocente; pero es algo que queda en la memoria como un enigma que la gente poco lo cuenta. Yo digo lo que me han contado.

LUIS DURÁN

Cronista oficial del municipio Guanarito

Yo no creo en muertos ni aparecidos porque esa es cuestión de evasión y la gente se asusta con el mismo miedo que lleva por dentro.

JOSÉ (Cacho) LINARES

De este llano me han contado muchas cosas. Me contaba el desaparecido Pacho Aranda que en el hato Mata de Bárbara, vía Guanare Viejo abajo, y que salía un espanto; pero era un muerto que tenía una plata enterrada y había juramentado veinte años del diablo, veinte años de la tierra y veinte años de él. Imagínese usted qué no pudo haber salido allí cuando esa plata era del diablo, pero Pacho Aranda decía que allí salía una vaina muy fea, que él lo vio y varias veces lo asustó porque era un hombre grande con figura de araguato, él iba con un señor de nombre José Méndez, y no se sabe si alguien saco esa plata o todavía está allí enterrada.

ALFREDO CASTILLO

Profesional con manos benditas para realizar terapias en el hospital J. M. Casal Ramos

Yo oí hablar a un muerto. Pasó hace como dos años cuando yo estaba en mi casa durmiendo con una amiga mía. Ella tenía un hermano que estaba grave, se estaba muriendo. Nos pusimos a hablar y como a las diez de la noche oigo una bulla detrás de la ventana y en eso la llamaron a ella. Era una voz muy horrible, nadie puede imitar esa voz. Me asomé a la ventana y nada..., todo en silencio. Salimos a la calle y nada. Ella dijo: Ese es Trino, mi hermano, que se está muriendo. Mi amiga se fue y yo me acosté, pero no pude dormir. Agarré la colchoneta y se la puse a la ventana donde él habló para taparla. Él se murió a los dos días. Era que ya andaba desandando. Esa voz no se parecía a la voz de él ni de nadie... Era una voz muy fea, pero él habló y llamó a su hermana. El nombre lo dijo claro, pero con una voz muy macabra..., horrible. Yo me reservo el nombre de mi amiga, pero ella sí sabe a quién me refiero.

DIOMAR PEÑA

62 años, asistente del actual cronista oficial del municipio Ospino, Orlando Cortez

Estando yo zagaletón agarré mi marusa, eché unas arepitas, un pedazo de queso y un pedacito de papelón (antes se acostumbraba mucho comer queso con papelón) y me fui para el río. En la entrada del cementerio había unas puertas que estaban sueltas y sonaban *riqui riqui* cuando la brisa las movía, era un ruido como de ultratumba. Yo pasé por ahí como a las dos de la tarde, llegué al río y comencé a pescar y a pescar..., una sardinita..., un pescadito..., y los iba metiendo en la bolsa, y cuando me di cuenta eran las seis de la tarde y dije: ¡Dios mío, es muy tarde! El sol ya está bajando y ando solo. Me apuré y recogí la marusa y los anzuelos y me vengo para la casa.

Cuando voy pasando por el cementerio yo venía pendiente y con mucho miedo pensando que hay gente que sale allí, que eso es respetable, que hay espantos..., y precisamente cuando voy pasando por el frente de la puerta del cementerio, esta se abrió con la brisa y sonó *riqui riqui*. Yo me asusto, pero no actúo, me quedé paralizado, y en eso siento que me dan unos golpecitos por la espalda. Salí corriendo, pero mandado, y llegué hasta la fragua donde estaba el señor que trabajaba herrería. Cuando pasé un poco el susto salí para la casa. Mi mamá me regañó porque había llegado muy tarde y le dije que me había salido el muerto del cementerio y ella me dijo: ¡Qué te va a estar saliendo, embustero! De repente tiro yo la marusa en la batea y saco los pescaditos y comenzaron a saltar, y entonces me doy cuenta de que esos eran los golpecitos que yo sentí en la espalda. No era ningún muerto del cementerio sino el muerto de la marusa.

RAFAEL PERAZA

86 años, vecino del barrio El Paraguay de Acarigua

En el cementerio que estaba donde hoy está la iglesia San Roque, en las primeras horas de la noche salía un muerto que se acostaba en la calle largo a largo, atravesado a todo lo ancho de la calle y no dejaba pasar a nadie. A mi papá le salió. Él lo vio, y mi papá era un hombre que no le tenía miedo a nada y no pudo pasar..., no pudo pasar, y no era gente porque eso era puro monte y agua, puros charcos... ¿Y quién se iba a acostar allí? ¡Nadie!

También se oía en ese cementerio ya sin uso mucha gente rezando, un gran murmullo de voces. Yo tenía como diez años y una tarde a eso de las seis me mandaron a comprar medio de carburo y oí esas voces en el cementerio y eché a correr y no compré nada. Antes no era como ahora que a los muchachos hay que acompañarlos, antes a uno lo mandaban a hacer mandados solo. Nadie acompañaba a uno. Yo ese susto lo pasé solo.

También recuerdo a una señora que caminaba con mucha dificultad, pues estaba enferma. Ella era miembro de una familia de apellido Orsini que vivía en la esquina del cementerio, y tenía un hermano llamado Dioscóride que usaba un garrote porque también tenía problemas para movilizarse. Ella casi todas las tardes llegaba hasta la esquina y comenzaba a pegar gritos llamándolo: ¡Dioscóride... Dioscóride!, y él salía todo chueco. Una tarde como a las seis y que vio a una mujer que salió de la cerca del cementerio para la calle. A ella le dio un ataque y le costó a la gente para revivirla.

BENJAMÍN TORRES CATELLANOS

85 años, natural de Biscucuy, residenciado en el barrio El Paraguay de Acarigua. Excelente normalista

Yo era maestro en el grupo escolar Raimundo Andueza de aquí del barrio El Paraguay. Yo estaba encargado de la cantina en esos días y llegué bien temprano. Eran como las seis y media de la mañana cuando escucho zumbando corotos en la cantina. Eso sonaba muy duro porque eran ollas y bandejas de aluminio. Como yo cargaba llave y ese estruendo era muy fuerte, abrí la puerta y entré y todo estaba igualito, cada cosa en su sitio, pero a mí no me dio miedo. Me quedé tranquilo.

Después los maestros conoedores del sitio dijeron que allí antes estaba una casa muy vieja que la tumbaron para hacer la escuela y que tal vez por eso espantaban, porque no era la primera vez que algún maestro oía ruidos y veía sombras.

DIONISIO FLORES

60 años

Yo ya había oído el comentario de que en la curva que queda en la carretera vía hacia Santo Domingo en Biscucuy, donde hoy hay una invasión, salía una luz porque allí había plata enterrada. Una noche pasé con un compadre y vimos la luz..., azuliiita. Entonces nos dispusimos a sacar ese entierro. Vinimos a esa curva a eso de las doce de la noche armados de picos y palas y entramos a la casita abandonada que tenía la puerta abierta. Cuando comenzamos a cavar, al ratico comenzó a temblar y la casa se movía como si se fuera a caer y nosotros también nos movíamos casi hasta llegar al suelo. Entonces, de repente la casita se iluminó por dentro, pero con una luz demasiado clara y fuerte. Eso parecía que fuera de día... Nosotros salimos corriendo sumamente asustados y dejamos los picos y las palas y jamás tuvimos el valor necesario para volver a buscarlos.

ALIRIO ACOSTA

61 años, cronista oficial del municipio Esteller

En 1966 yo estudiaba bachillerato, esa noche como a las nueve estábamos en un cuarto de la casa donde yo vivía y que todavía existe en la calle seis, entre carreras ocho y nueve de aquí de Píritu. Nos encontrábamos Ramón Sanz, que era mi compañero de estudios, y yo comiendo mango verde con sal. Yo tenía un cuchillo en la mano y lo metí debajo de la almohada de mi cama y nos acostamos, era como la una de la madrugada. Yo fui quien apagó la luz.

No habían transcurrido diez minutos cuando Ramón me dice que no le hale la almohada y yo le dije: Yo no te la estoy tocando..., yo estoy acostado. Él insistía y yo le repetía que yo no le estaba halando la almohada. Entonces saqué el cuchillo y él se vino a agarrarme. Yo le dije: No me toques que tengo el cuchillo en la mano. Prendí la luz y vimos con asombro que la almohada de Ramón estaba tirada en un rincón del cuarto y él juró que no la había tirado. A las dos de la mañana llegó Álvaro Acosta, primo mío, quien también dormía en el cuarto, y eso nos devolvió el alma al cuerpo. Todavía nosotros no nos hemos explicado cómo llegó esa almohada a ese rincón tan lejos del copete de la cama.

CRISTINA RAMONA VIRGÚEZ

59 años

Una noche íbamos para Bucaral que queda por Píritu, por los lados de Guasimal..., por ahí. Nosotros íbamos en una burra y en Los Algarrobos decían que salía un espanto: un hombre colgado y una vaca brava. De repente escuchamos venir una cosa y nos asustamos, pensamos que era la vaca brava que perseguía a la gente, pero era una burra suelta que andaba por el monte. Yo fui a sacar una peinillita que llevaba en el cincho de la burra y se la pegué fue a mi hermanita y la corté en la cara. No era el espanto, pero como nosotros íbamos asustaditos cuando pasábamos por Los Algarrobos... Íbamos con la idea y pasábamos corriendo porque muchos decían que allí salía un hombre guindando y una vaca brava.

Yo en esas parrandas que anduve desde muchacha nunca vi ningún espanto. Jamás me asustó algún muerto o aparecido.

Casos curiosos

JOSÉ RAMÓN CORONADO

Como mi mamá era rezandera, una noche le tocaba hacer un santerío de cuerpo presente, es decir, tres rosarios para despedirse en la noche y después hasta ese otro día, antes del entierro, que rezaban tres más. En eso, cuando estaba terminando el santerío, el muerto, que estaba bien muerto y alumbrado con dos velas en la cabeza y dos en los pies, se sentó en la urna. Mire, allí no quedó nadie, hasta un grupo de borrachitos que estaba en la puerta y que se les daba aguardiente para que amanecieran acompañando al difunto, desaparecieron. Ahí no quedó nadie.

Mi mamá fue la última que salió y me llevó a rastras de la mano. Por la mañana fueron otra vez a buscar a mi mamá para que volviera a rezarle al difunto, porque ahora sí se había muerto de verdad. Mire, sabe que el muerto se bajó de la urna, apagó las velas, pero allí quedó, debajo de la urna, le dio un infarto y tuvieron que volverlo a meter en la urna y rezarle para poderlo enterrar.

Por eso, para evitar estos malos ratos, el médico o curioso muy asertivo, don Rafael Torres, habitante de San Rafael de Onoto, recomendaba que cuando una persona moría de repente era conveniente colocarle un espejo frente al rostro, bien cerca de la nariz, si este se empañaba era porque esa persona aún estaba viva.

Otra historia es la de María Linárez, quien llegó a mi casa como de 25 años y mi mamá que era muy hospitalaria le dio posada, hasta que consiguió trabajo y se fue a vivir en una piecita cerca de la casa. Después unas amigas la sonsacaron y poco a poco la convencieron para que fuera a bailar a un mabil y seguramente a ella le gustó porque después iba siempre a bailar. El compadre de mi mamá, el señor Juan Bullones, se enamoró de ella e hicieron vida marital, pero él era casado con la señora Juana.

El señor Bullones le dio mucha confianza a ella en su bodega y en su casa de familia. La señora Juana dio a luz una niña y le pusieron Concepción y le decían Conchita y seleccionaron a María Linárez como madrina, pero ellos continuaron su relación siendo compadres. A ella le pegó una enfermedad y la internaron en el hospital, la tuvieron unos días, pero después la entregaron, se la llevaron para la casa y ahí se agravó más y se murió. Murió en manos de mi mamá. Se buscó al cura y ahí le puso los santos óleos, artículo de muerte, y la ostia la vomitó completa y murió a la media noche. La prepararon y la velaron; pero cuando ya iba a ser la hora del entierro se paró de la urna. ¡Resucitó la muerta!... Esa fue una algarabía muy grande.

Ella salió sin hablar hacia afuera y se sentó en medio del patio y allí pasó tres días como muerta y nadie la podía meter para dentro..., se puso demasiado pesada y ella era delgadita, porque ella se agotó mucho en la enfermedad.

Ella decía que se había devuelto porque tenía un pecado muy grande que no se lo había confesado al cura. Que ella quería el perdón de la señora Juana. Y pidió que vinieran los dos para que ella la perdonara. Ellos vinieron y la señora Juana la perdonó y María Linárez se murió de verdad.

WALDEMAR ESTRADA

Una vez fuimos a sacar madera de Guanarito para dentro y cargamos como siete u ocho gandolas. Mi hermano Napoleón Estrada cargó de último con el remolque grande, un Internacional 5 000 azul, y nosotros arrancamos y él se quedó atrás. Nosotros salimos y llegamos a Guanarito y él no llegaba y esperamos..., y esperamos..., y como no llegaba salimos a buscarlo, y buscándolo y buscándolo en esa montaña y luego vimos una luz. ¡Ese es él..., ese es él!, y llegamos de frente con la gandola cargada y le prendíamos y apagábamos las luces y él también las prendía y las apagaba. Cuando lo interceptamos y nos bajamos le preguntamos qué le pasaba, que por qué no salía de la montaña. Y nos dijo: Bueno, yo no sé que me pasa, pero tengo más de tres horas dando vueltas por esta montaña, cada rato paso por el mismo palo caído, por el mismo sitio y no puedo salir de la montaña. Entonces allí lo guiamos y lo logramos sacar de la montaña. Regresamos a Guanarito como a las tres de la madrugada. Después la gente y algún curioso dijo que estaba encantado. Que mi hermano había sufrido un encantamiento.

JUAN JOSÉ CASTILLO

Yo estudiaba en el pedagógico de Barquisimeto. Eso fue como en el año 1972. Yo venía como a las cuatro de la tarde para acá para Acarigua. Cuando eso estaba la carretera vieja, y en la curva que todos llamaban de Las Hermanitas porque, supuestamente, cuenta la historia que allí se mataron dos hermanas de la caridad, encontré un accidente. Una señora golpeada y ensangrentada estaba a orillas de la carretera, me sacó la mano y me pidió auxilio. Ella me dijo que su esposo y su hijo estaban en el precipicio, que habían caído allí con el carro, que ella como pudo salió para buscar ayuda, que la llevara al hospital Antonio María Pineda de Barquisimeto para pedir una ambulancia que viniera a recoger a los heridos. Yo la llevé lo más rápido que pude, la dejé en el hospital y me vine de regreso para Acarigua. Al llegar al sitio del accidente ya eran casi las seis de la tarde, me paré y me bajé para ver que habían hecho para sacar a las víctimas. Vi que los heridos estaban en la orilla de la carretera, en el hombrillo, esperando auxilio, y en eso venían sacando a la señora y mi sorpresa no tuvo límites, porque la señora muerta era la misma que yo llevé al hospital de Barquisimeto, tenía incluso la misma ropa. El recorrido que me faltaba para llegar a Acarigua lo hice con los nervios de punta y buscando una explicación a este fenómeno que hoy todavía, a más de treinta años de lo ocurrido, no he podido encontrar. Yo sé que son manifestaciones del más allá y que el espíritu de esa señora salvó a su esposo y a su hijo.

LENÍN FERNÁNDEZ

Años atrás aquí en Biscucuy había muchos árboles alrededor de la plaza, asimismo la escuela Jaime Cazorla, que aún existe, estaba llena de árboles. Entre esos árboles de la plaza estaba un pan de pobre, allí todavía está un hijo de él. Bajo la sombra de ese pan de pobre se reunía la gente a conversar..., a enamorar. Argimiro Gabaldón muchas veces arengó a sus seguidores bajo ese pan de pobre.

La escuela estaba rodeada de pinos y los pinos con el viento producen sonidos musicales que asustaban a la gente. A mí no me asustaban, más bien me gustaban porque eran como los sonidos de la montaña, el canto de la paloma que llaman tutua. En ese pan de pobre a altas horas de la noche se veían luces y sombras.

Otras historias

EDDY FERRER LUQUE

En una oportunidad me contó el viejo doctor Víctor Manuel Heredia Angulo que en el centro del patio interior del convento de San Francisco, en todo el centro, trazaron con nailon un ángulo, más otro ángulo en forma perpendicular, hasta que en el centro quedara una x formada por los dos hilos de nailon. Allí un grupo de personalidades guanareñas enterró una cápsula de cristal que contenía un documento que redactaron los guanareños por el año de 1930. ¿Pero qué dice ese documento? ¿Por qué lo enterraron para que nadie pudiera leerlo posteriormente? ¿Sería una proclama o un importantísimo decreto? Valdría la pena, decimos ahora, excavar el lugar para encontrarlo y leerlo, a lo mejor lo que allí está escrito nos interese. Esa es una realidad que siempre me la comentó el doctor Heredia Angulo, el viejo.

Don Chicho Heredia también relataba que en el centro del patio interior del convento está enterrada una cápsula de cristal con un documento firmado por todos los guanareños notables de esa época.

La casa donde nació el padre José Vicente de Unda estaba diagonal a la esquina de la iglesia del convento de San Francisco, no era la casa donde hoy está el museo Inés Mercedes Gómez Álvarez, como algunos afirman. El museo de la ciudad de Guanare está diagonal al convento de San Francisco, lo que quiere decir que el lugar preciso es donde hoy está la casa de la sucesión de la familia Galeno. Allí nacieron los ocho hermanos Unda.

Es posible que la familia, por ser tan numerosa, se haya mudado a esa casa. También pudo ocurrir que en 1813, cuando el Libertador vino a Guanare en su Campaña Admirable, haya visitado al padre Unda en esa casa del museo. Ahí también vivió el general Ovidio María Abreu, presidente del estado Portuguesa, que en ese tiempo de 1888 se llamaba estado Zamora, así como el ilustre médico Miguel Oraa, eminente profesional. Es decir, el padre Unda, el general Abreu y el doctor Oraa, personajes que se guardan en la memoria de Guanare, vivieron en esa casona del museo.

En 1986, estando de gobernador del estado Portuguesa el doctor Aquiles Montes de Oca, la casa se adquirió por un precio honorífico de quinientos mil bolívares.

También vale la pena recordar a León Riera, el endulzador de buñuelos. Era el hombre que tenía un enjambre de abejas y vendía la miel en un carro de mula aquí en Guanare. Aquí en el museo precisamente se encuentra el caldero donde él calentaba los panales para sacar la miel pura para venderla en Guanare, y la cera de los panales la venían a comprar gente de Valencia para hacer las velas de la virgen Milagrosa y las velas de La Coromoto. Esa es un anécdota también inolvidable para los muchachos de aquella época.

JUAN DE MATA HIDALGO

No sabe cuántos años tiene, pero lleva cuatro décadas custodiando la primera planta eléctrica de Boconoíto

Agustín Ramos era el jefe de la policía de Boconoíto para los años sesenta, y él fue quien me autorizó a meterme en esta casita donde vivo con la máquina desde hace más de cuarenta años. En 1980 anduvieron unos interesados en sacarme de aquí y el 19 de marzo de ese año el prefecto Pedro Molina me dio una autorización para quedarme. En el año 85 volvieron a alborotar el avispero y entonces Anselmo Rangel, presidente de la junta municipal, me autorizó de nuevo, constancia que les presento.

Ahora en el 2004 vino el director de los bienes de Portuguesa a visitarme y a interrogarme para saber si yo cobraba por cuidar este supuesto bien nacional y le informé que nunca había recibido un centavo, pero que estaba muy agradecido de todos los gobiernos que me habían dejado vivir aquí solo en esta casita..., con mis enfermedades.

LUIS MENDOZA SILVA

Es resaltante en nuestra historia local la existencia en estas tierras del marqués de El Boconó y El Masparro. Él vivió aquí en este pueblo y sus haciendas están al lado derecho del río Boconó, allí están las casas como evidencias de ese pasado de gloria. Algunos historiadores, entre ellos Virgilio Tosta, han afirmado que la existencia de este pueblo se debe un poco a esa hacienda, porque la gente que comenzó a vivir aquí, en estos lugares, fue más que todo gente que venía a trabajar en esa hacienda, una hacienda muy famosa hace doscientos

o trescientos años. Ellos trabajaban allí y hacían sus casas en las riberas del río. Esa hacienda se llamaba La Marqueseña, hace más de ciento cincuenta años se llamaba hato San Fernando, después tomó el nombre de hacienda La Marqueseña porque fue propiedad del marqués de El Boconó y El Masparro, así se convirtió en marquesado. Allí se tejen mil leyendas. Las que uno conoce, las que ha contado nuestro fraterno José León Tapia, médico barinés, las que no han sido contadas y las que cuenta la misma gente que en estos momentos vive y trabaja ahí en esa finca. Gente que tiene cuarenta y cincuenta años trabajando esas tierras. Imaginense cuántas leyendas habrán escuchado de lo que ocurrió con el marqués de El Boconó y El Masparro.

Una cosa interesante (que sirve como un dato preciso de la fecha en que Bolívar pasó por aquí con destino a Carabobo): hay unas cartas firmadas por el Libertador. Nosotros tenemos documentos y tenemos cartas firmadas por él que dicen: En Boconó, entre paréntesis, de Guanare; quiere decir que era aquí en Boconoíto, porque este pueblo se llama San Genaro de Boconó. Boconoíto es un poco para diferenciarlo del Boconó del estado Trujillo.

En ese paso por aquí, el 19 de septiembre de 1821, se dice que Bolívar pernoctó una noche. Un antropólogo amigo nuestro, José Esteban Ruiz Guevara, hace un análisis dentro de la bien concebida relación histórica que él tiene de todos los hechos ocurridos en esta región de los llanos, asegura que el lugar donde pudo haber pasado la noche Simón Bolívar, por la calidad del huésped y por las condiciones que había para ese tiempo, tiene que haber sido, por obligatoriedad, el hato San Fernando o hacienda La Marqueseña, porque se trataba nada más y nada menos que de Simón Bolívar y ellos eran los que tenían mejores condiciones para hospedar a una persona tan especial. Entonces se supone que esas cartas que firmó Bolívar fue en la hacienda La Marqueseña. Otro aspecto que razona él para decir que fue La Marqueseña el lugar de hospedaje para el Libertador es que el marqués de El Boconó y El Masparro se había declarado en contra del gobierno de España y andaba ayudando a Bolívar en la campaña. Hay toda una leyenda de que le regaló un montón de caballos, todos de un mismo color. Incluso se dice que su muerte se debió al hecho de haberse cuadrado con la gesta independentista, es decir, los seguidores de Simón Bolívar, y haberse declarado enemigo de los realistas.

Es muy probable que esa hacienda inicialmente se haya llamado San Fernando, porque los antepasados del marqués, que era un ciudadano barinés, nacido aquí, que tenía muchos recursos pues era hijo de una gente muy hacendada, era la gente que tenía más dinero en Barinas y por eso ellos pudieron con sus propios recursos comprar ese marquesado y tal vez, de repente, para hacerle homenaje al rey Fernando le dieron ese nombre a su hacienda; pero esto ya es especulativo; sin embargo se puede manejar así.

En cuanto a supersticiones, aquí se dice que si la gente se baña en el río Boconó nunca se va de Boconoíto. También se cree que la gente que no asiste a la misa de San Genaro el 19 de septiembre, se enferma, se muere o se va del pueblo. Es toda una religiosidad, por eso el día de San Genaro en la iglesia no cabe nadie más; pero los domingos van unas veinte personas, a menos que haya bautizos. El día de San Genaro todo el mundo quiere ir porque nadie se quiere enfermar, ni irse del pueblo y mucho menos morir, por eso ese día se puede observar una gran multitud. La invitación la hace el municipio San Genaro, para que después que sale la misa asistan a la sesión solemne que cuenta con la presencia de toda la gente del pueblo.

También es una costumbre que toda la gente que nace el 19 de septiembre aquí en Boconoíto se llame Genaro o Genara, por eso aquí se consiguen montones de Genaros y Genaras. Esto implica que ellos llevan la protección del santo.

El 19 de septiembre fue fundado el pueblo de Boconoíto y ese día se celebra, según el santoral católico, el día de San Genaro, un mártir napolitano que fue obispo de Nápoles. Existe toda una leyenda mítica en relación con San Genaro. Se dice que en la imagen que está en la catedral de Nápoles hay unas lágrimas que todo el año se mantienen coaguladas y ese día, precisamente el 19 de septiembre, se convierten en líquidas, es decir, que la imagen que está en Nápoles ese día llora con lágrimas verdaderas¹⁵.

Antes de que se edificara la iglesia y se eligiera a San Genaro como patrono, la gente adoraba a una virgen de La Consolación labrada en madera rústica por un tallador de apellido Barco. Él la tenía en su casa y allí le hacían velorios. Él también la prestaba para que le pagaran promesas y venía la gente de Sunsun, que es un caserío que está en la parroquia Antolín Tovar, a quitarle la imagen prestada. El camino no era por donde es hoy en día, sino que iban en canoas por el río y al llegar a Sunsun se hacía el velorio, que era prácticamente una fiesta con comida y todo aquello. Ese tipo de velorio de santo era pura alegría. Una noche de velorio en Sunsun ella se desapareció en pleno velorio y después apareció en la casa del señor que la hizo.

Hay también un cuento de unos muchachos, no sé si de Sunsun o de Fanfurria, que vinieron a quitar prestada a la virgen para hacerle un velorio. Cuando llegaron aquí al pueblo comenzaron a echarse sus palitos y se llevaron una botella de camino. Se fueron en su canoa con la imagen, pero en pleno recorrido trambucaron o chocaron con algo y se les volteó la canoa. Como pudieron salieron unos para una orilla y otros para la otra y se salvaron, pero la imagen se perdió. Bueno..., se fueron a pie por el camino, y cuando llegaron al velorio a media noche estaba la gente y entonces se convirtió en una fiesta celebrando que todos se habían salvado, pero no había virgen a quien hacerle el velorio. El velorio terminó en una fiesta.

A los pocos días la virgen volvió. Apareció en la casa del señor Barco. No se supo cómo llegó, pero allí estaba. No se sabe si fue que como era tan experto hizo otra, o fue que alguien se la consiguió en el río y se la llevó a su casa, pero volvió a aparecer.

Este pueblo ha sido rico en cuestiones de brujerías. Además, Boconoíto como esencia de pueblo tiene herencia de la gente de los Andes, que son muy creyentes de esas cosas.

Boconoíto se dio a conocer no hace tanto tiempo por el brujo de Sipororo y la gente interesada preguntaba: ¿Y dónde queda Sipororo?, y respondían: En el municipio San Genaro de Boconoíto. Mucha gente conoció a Sipororo por el brujo. Yo siempre lo digo de esta manera y no estoy errado porque anteriormente nadie conocía esto. Creían que Sipororo era muy lejos y ese pueblo estaba aquí cerquita.

TOMASA PÉREZ

85 años, natural de Río Tocuyo y vecina del caserío La Misión

Cuando yo llegué aquí habían cinco casas. Esto era una soledad muy grande, aquí no había nada, nadita. Mire, cómo sería que más o menos para el año 1943 para uno comprar una cajita de fósforos tenía que ir a Acarigua a pie y se duraba casi un día de camino.

Aquí una vez se perdió una muchachita llamada Romelia. Ella era muy malcriada con los padres y no les hacía caso, era muy contestona. Esa muchacha se perdió en la playa del río, dicen que se la llevó la Sayona. Ella sale buena moza, pero cuando se acerca es tan fea que priva a uno. Dicen que fue la Sayona que se hizo cargo de ella porque más nunca apareció. A Fermín Colmenárez también le salió la Sayona y lo llevó caminando y caminando y apareció desmayado en un solar; y Nicolás Almao también y que la vio, pero a ese le dio un fiebrón que casi se iba muriendo.

Allí en ese río se perdió también un nieto de Tomasa Villanueva, pero ese sí lo consiguieron entre unas matas de tártago medio muerto. En ese tiempo aquí no había cementerio y enterraban a los muertos en la playa del río. En las tierras de Horacio Liscano se encontraban huesos y cabezas de muertos. Yo siempre les decía: No dejen ir a los niños solos para el río porque esas aguas tienen muchos amos.

San Antonio se le apareció a Faustino en el caño de Turencito, allí ya no hay caño, eso se secó. San Antonio, el que se perdió, también apareció en ese caño. Ese se fue de un velorio, dejó el nicho solo en el velorio y se fue, desapareció. Dicen que en la quinta arriba, que llaman, y que se veía adentro del agua, pero no lo pudieron sacar. Después apareció en ese mismo caño San Antonio, el nuevo. Ese es muy milagroso. Dios me lo cuide a mi santo. Una vez se quemó la iglesia que era chiquitica y no se pudo quemar el San Antonio, ni el Nazareno, los demás santos se quemaron junto con la iglesia. Entonces Saturnino Álvarez y Gregorio Ortega decían que por qué San Antonio había dejado quemar la iglesia, que había que botarlo o quemarlo. Ahí se llevaron a San Antonio y a Jesús de Nazareno para la casa del gobierno, presos sin estar borrachos ni bailando.

Un día yo fui junto con Silvino Núñez y Juan Patricio Rojas a buscar los presos que ni estaban borrachos ni habían faltado y les dije: Ustedes lo que quieren es botarlos para el río, y nos los entregaron, y desde eso le hacemos la fiesta el día 13 de junio, día de San Antonio de Padua; se hace misa, procesión, se baila el Tamunangue... Ese día se celebra con cohetes y bazar.

CHIQUINQUIRÁ (Chinca) RUIZ

Vecina de Araure

Esta casa fue fabricada por los mismos obreros que construyeron la iglesia de Araure. Esa iglesia fue hecha por etapas y cuentan que una vez que los obreros terminaron la iglesia, mi bisabuelo Joaquín Padilla Lugo habló con esos señores y ellos le hicieron la casa muy parecida a la iglesia. No hay otra casa aquí en Araure que tenga los arcos similares a los de la iglesia como los tiene esta casa. La arquitectura es la de la iglesia.

Una vez terminada la casa mi bisabuelo mandó a comprar a Italia el Santo Sepulcro. Ese Santo Sepulcro tiene con nosotros más de trescientos años, porque eso viene de tradición. Primero fue de mi bisabuelo, le tocó después a su hija, es decir, mi abuela, y después a mi mamá, porque todos estuvieron de acuerdo en regalárselo a mi mamá porque las otras hijas se habían casado y no vivían en Araure, se fueron a otras ciudades. Mi mamá, Juana Hernández de Ruiz, quién murió de 102 años y eso porque se cayó, porque ella no sufría de ninguna enfermedad, fue la dueña del Santo Sepulcro y ahora está en poder de la familia Ruiz Hernández.

Aquí en esta casa no se oyen ruidos ni se ven espantos ni muertos. Esto es muy sano, debe ser porque la casa está protegida por el Santo Sepulcro. Ahora, una vez, cuando la época de la dictadura del Marcos Pérez Jiménez, que se celebraba la semana de la patria, y el prefecto o jefe civil de ese entonces, que era el señor César Colmenárez, trajo a Los Juancheros, hicieron una gran fiesta aquí en Araure. Los Juancheros vinieron a quedarse aquí y se quedaron donde mi tía Lucía, aquí al lado, pero era la misma casa, porque esta casa fue partida en dos y los cuatro corredores quedaron divididos. Media casa fue para mi tía Lucía y la otra mitad para mi mamá. Entonces Los Juancheros, que era un conjunto criollo de arpa, cuatro y maracas que dirigía Ernesto Torrealba y que venía de Barquisimeto, se quedaron en esta casa y a ellos y que los espantaron, y que no los dejaron dormir, y dijeron que era un muerto. Yo no sé si sería cierto, pero en esta parte; en la casa mía no se oye ningún ruido extraño ni seven celajes. Yo me levanto de madrugada, a media noche, y camino por toda la casa y jamás he sentido algo, ni siquiera miedo.

Aquí en Araure, en los años cuarenta del siglo pasado, más o menos a las nueve de la noche, tocaban las campanas de la iglesia y de una vez se cerraban las puertas de las casas porque era peligroso dejarlas abiertas o salir afuera porque espantaban. Se decía que salía el carro muertero y que era el ruido de una carreta. Después se comentó que eran hombres disfrazados que salían sonando unos peroles para hacer ruido cuando la noche estaba oscura.

JUAN DEL CERRO TOVAR

Yo nací en Camburito y me crié con una tía atendiendo ganado y llegué aquí a muy temprana edad. Mis papas vivían en una casita que estaba donde es hoy el hospital central Acarigua–Araure. Después mi papá compró esta casa que era un ranchito en aquel tiempo, porque cuando Pérez Jiménez le tumbaron la casita y hasta unos chivos que tenía se los mataron. Duramos como una semana durmiendo debajo de un palo de mango, donde era Chico Véliz, cerquita de donde es la capilla de Jesús, María y José, en el cerrito. Aquí cerca de la quebrada habían muy poquitas casas. La avenida Las Lágrimas era la calle del ganado y después la gente la llamó Las Lágrimas porque en la dictadura de Pérez Jiménez el doctor Arredondo les mandó a tumbar los ranchos y a unos le pagaron migajas y a otros no. A eso le echaron tierrita..., y la gente lo que hacía era llorar, porque los sacaron para la calle y ellos veían cómo las máquinas les tumbaban los ranchitos.

Mi mamá lavaba ropa ajena en la laguna de Los Muertos, yo me acuerdo que yo la acompañaba, Ahí sabaneaban el ganado que traían del llano, y donde es hoy en día el parque Mano Nerio estaban unos potreros de un doctor de apellido Veracochea. Allí llegaban los arreadores y se llevaban ese ganado para la laguna de Los Muertos. ¡Y menos mal que no me faltaba una honda!, porque allí tenía que empezar con la honda a tirar piedras para correr las vacas, porque eran bravas y se comían la ropa.

Mi mamá también hacía ventas: tabletas, pandihornos, hallacas..., y yo iba a venderlos a un aserradero llamado El Pampero que después se llamó Cabimas, que quedaba allá en la Reja de Guanare, donde hoy está un centro comercial llamado Los Cedros. Ahí en ese aserradero yo me ponía a jugar con los obreros y otros vivos me comían escondido las ventas. Yo comenzaba a llorar porque sabía que mi mamá me iba a pegar. Entonces ellos, Antonio Rodríguez, Mario Riera, me recogían la plata para que no me pegaran.

Mire, el puente de Araure que estaba sobre la quebrada era el límite entre Acarigua y Araure, y había pandillas tanto de un lado como del otro y se armaban unas batallas de pura piedra entre ellas, y si uno le daba una pedrada a alguno de Acarigua y corría para Araure, la policía de Acarigua no podía pasar para Araure. O sea, que cuando uno pasaba el puente ya estaba a salvo. Y me acuerdo como si fuera ahorita que la patrulla era un volteo chingo que lo cargaba un señor llamado Hilarión, que ya murió. Ese se llevaba a los muchachos que encontraba en la calle y borrachito que hallaba lo montaba arriba también. También se llevaba a las mujeres de la vida alegre para la Sanidad.

Se dice que todos los ahogados que se ha llevado el río La Lucía es porque allí se ahogó un cura y otro cura maldijo el río. Por eso la peligrosidad que representa para los temporadistas que desconocen la leyenda y no saben que sus crecidas son repentinas, a veces en pleno verano y con el sol bien caliente.

WALDEMAR ESTRADA

Mi abuelo se llamaba José Jiménez y era carpintero, hacía urnas, algunas por encargo. Él puso unos palos arriba de la casa, una especie de troja, y allí tenía montadas las urnas. Uno entraba a su casa y para ir a la cocina tenía que pasar por debajo de las urnas, y en ese tiempo uno le tenía mucho miedo a las urnas porque se relacionaban con muertos.

CARLOS (Carlucho) OJEDA

Se dice que el río Las Marías es un brazo del río Acarigua y que tomó el nombre de un caño que le decían Las Marías, porque dos hermanas distinguidas con ese nombre iban todos los días por la mañana a lavar ropa ajena en esas aguas. Estas lavanderas realizaban su oficio en ese caño en el año 1927, aproximadamente.

Doña Victoria era una señora que lavaba en la quebrada de Las Tejas, ese era un paso que había por la orilla de Turén y que pertenecía al río Acarigua.

La señora Victoria era sorda, y cuando algún muchacho la saludaba este era el diálogo: ¿Cómo está doña Victoria? Ella contestaba: ¡Deje la grosería! Que cómo está Doña Victoria. Que deje la grosería le dije. No, le digo es que cómo está señora Victoria. Doña Victoria rezonaba: Ah pues..., tendré que dárselo. El joven asustado respondía: No..., no señora Victoria, yo le pregunto es que cómo está... Bueno... Bueno... Sígame, que allá en el monte tengo una trojita..., venga. Y el muchacho hecho el pendejo lograba su cometido.

FRANCISCO (Pancho) PÉREZ

Yo nací en el puente colgante que estaba en el viejo río Guache, de Balona para acá, entre unos rastros, en el año treinta del siglo pasado. Cuando llegué aquí, a La Aparición, había quince casas, era el año cuarenta. Toda esta vaina era llena de ganado, como noventa reses propiedad de don Natividad Arias Quintero. En el año 46 Juan de Dios Calvani y yo, junto con otros vecinos que ya están muertos, fuimos a Guanare. La Portuguesa no tenía puente, nos fuimos temprano y tuvimos que pasar en balsa para ir a hablar con el doctor Pérez Arjona que era el gobernador, muy buena gente, y pedirle un rollo de alambre de púas para cercar la plaza porque allí dormía todo el ganado, y de las cinco de la tarde para abajo uno no podía pasar porque el ganado era bravo.

Eso era día martes y el viernes vino el gobernador y comenzaron a cercar la plaza y esa cerca duró hasta ahorita, hasta el año 2010, que la tumbaron para hacer ese mamotreto.

Yo soy músico, violinista, pero no volví a tocar más porque los músicos somos unos tronco de pendejos. Mientras uno está tocando los demás bailan y gozan y hasta a la mujercita de uno le meten el ojo y la bailan. Juan Pablo Salcedo, el papá de Dimas Salcedo Nadal, fue el que trajo la primera rockola a Acarigua, se le metía un bolívar y daba cinco discos. La instaló en la Reja de Guanare, en un botiquín que no recuerdo el nombre, pero uno le decía el botiquín de don Juan Pablo Salcedo. Los discos que más sonaban eran: «Dos palomas al volar» y «Adelaida se llama la ingrata», y eso era bolívar y bolívar, porque era una novedad y a los despechados no les importaba meter su bolívar mientras se tomaban sus traguitos de ron.

En ese tiempo en el bar de Mocho Luis las mujeres cobraban un bolívar si era de pasadita y tres bolívares por quedarse, y mujeres bien bonitas de verdad. Eso era en Fuente Azul y Michoacán.

En compañía del abogado José Joaquín Lugo, mi sobrino, y estimulado por Jani Álvarez de Lugo y Alberto Hernández, vecinos del barrio El Paraguay de Acarigua, me dispuse a averiguar sobre el viejo cementerio municipal que existió en siglos pasados en el lugar donde hoy se encuentra edificada la iglesia San Roque de ese mismo sector.

RAFAEL PERAZA

86 años

El cementerio abarcaba desde la casa del maestro Benjamín Torres hasta la casa de la esquina, después venía un caminito por donde no pasaba casi nadie porque no había casas sino un pastizal donde la gente iba a cortar pasto para los animales. Mire, en ese tiempo cuando eran las seis de la tarde ya uno estaba en la casa porque se tenía mucho miedo a la Sayona y al diablo.

El último que enterraron en ese cementerio fue un dulcero, un vendedor de dulces de los que fabricaba la señora Catalina Nadal de García. Ese cementerio nunca lo cerraban desde que yo tuve uso de razón y siempre lo vi abierto de día y de noche. Yo tendría unos diez años en el año 35, que fue cuando murió el dictador Juan Vicente Gómez y por primera vez lo cerraron; pero dicen que la noche antes enterraron a dos personas que nunca se supo quiénes fueron. La gente lo supo porque vieron desde la cerca dos tumbas frescas, con la tierra floja, y los acostumbrados «lomos de perro» recién apilonados. De allí en adelante ese cementerio quedó sellado para siempre.

BENJAMÍN TORRES CASTELLANOS

A mí en Guanarito me dieron clase las hermanas Peraza. Eso fue en 1936, yo tenía nueve años. Con ellas me inicié en el primer grado, recuerdo que eran dos: la niña Cleotilde y la niña Hortensia. Daban clase en una casa colonial, eran muy religiosas, y la comunidad colaboraba con ellas porque eran muy queridas, caritativas y muy recias también para enseñar. Ellas creo que eran varias, pero yo conocí solo a dos.

Estando yo ya trabajando como maestro tuve la oportunidad de ver a la niña Hortensia, que era la que quedaba, pero ya estaba muy ancianita y ni siquiera pude saludarla. Ese grupo escolar Hermanas Peraza que está aquí en Acarigua, en la avenida Los Estadios, diagonal a la catedral (iglesia La Corteza), tomó su epónimo como un homenaje a su gran labor de enseñanza.

En mi recorrido por el barrio El Paraguay de Acarigua llegué a casa de la señora Cleotilde Querales, de 70 años de edad, nieta de los esposos Juan de la Cruz Querales, apodado Mapanare debido a que se la pasaba en los montes y en las montañas sacando madera, y María de Los Ángeles Querales de Querales, primeros habitantes del sector del cementerio. Ellos criaron a Cleotilde y a Juan, su hermano gemelo, porque la hija, Cleotilde Querales, madre de los morochos, murió de parto a los 17 años. Dicen que por negligencia médica, pues la infección que agarró se atribuye a la mala praxis del médico que le metió la mano en el útero sin guantes y ni siquiera se quitó el anillo de oro que cargaba. Encontramos a doña Cleotilde acompañada de su hija Lilian Peraza.

LILIAN PERAZA

Mi bisabuelo don Juan de la Cruz Querales era un terrateniente dueño de gran parte de estos terrenos de aquí, del barrio El Paraguay, sobre todo de donde antes estaba el cementerio. Como mi abuela murió jovencita y dejó a los morochos que eran mi mamá y mi tío Juan, él regaló esos terrenos poco a poco a sus descendientes, y a algunos vecinos que querían hacer una casita les dio un pedazo de terreno.

A nosotras, a mi hermana Miriam y a mí, nos dieron el terreno de la esquina y allí construimos nuestras casas. Cuando estábamos cavando para hacer las bases de la casa salían huesos enteros y en pedazos, huesos de piernas y brazos, cráneos..., y nosotras, por respeto, los volvíamos a enterrar. En el patio de esas casas había tumbas bien hechas, capillitas y túmulos, algunas con los nombres de los muertos. Nos costó mucho para tumbarlas porque eran puro cemento muy fuerte y pedazos de hierro. De allí se sacaron varias camionadas de escombros.

A mí en mi casa nunca me han espantado, pero a mi hermana Miriam sí.

MIRIAM PERAZA

En mi casa, que está construida sobre el terreno que pertenecía al cementerio, en el cuarto donde yo duermo, se aparecía una mujer vestida de blanco y cuando uno la detallaba no tenía cabeza. Yo casi dejo la casa sola por ese espanto. La gente me aconsejó que la hiciera bendecir por un sacerdote y así parece que se aplacó porque hace ya muchos años que no sale. A veces también veía una mano que se asomaba desde la pared y me llamaba con señas. En ese tiempo que ese sector era muy solo, salían muchos muertos. A mis bisabuelos les salían espantos y muchas veces oyeron a la Llorona y al Carretón.

LUIS BAZÁN GARCÍA

80 años

Yo recuerdo la primera orquesta que amenizaba las fiestas en Acarigua y Araure, se llamaban Los Cachones, nunca se supo el nombre de cada uno de ellos. Al último que murió le decían Pendiche. Al papá y fundador del grupo le decían el Rey Cachón. Los instrumentos usados eran de cuerda y formaban la armonía: guitarra, cuatro y tres; como acompañamiento tenían marimba y maracas. Estos instrumentos eran fabricados por ellos mismos.

Lo peculiar de esta agrupación de hermanos era que cuando se pasaban de palitos acababan con la fiesta. Entre ellos se armaba la tångana y rompían los instrumentos contra el suelo o contra la cabeza de alguno de los músicos, pero durante la semana los volvían a fabricar y ya para el fin de semana la orquesta Los Cachones estaba lista para un nuevo contrato. Yo recuerdo que con el grupo a veces andaban dos muchachas, hermanas de Los Cachones, la mayor se llamaba Hilda y era muy llamativa.

LENÍN FERNÁNDEZ

En Biscucuy hubo dos casas a las que la gente le dio carácter de tenebrosas; ellas fueron la de Argimiro Gabaldón, debido a que él era comunista y se decía que allí mataban gente y también que Argimiro se comía a la gente frita y por eso los lugareños le tenían miedo. Otra casa embrujada fue la que sirvió de sede a la Seguridad Nacional, pero allí se justificaba el miedo porque en ella hubo torturados y muertos. En esa casa sí salían las ánimas en pena. Esa casa quedaba en la calle Sucre.

